

BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMÁTICA Y TEATRO CÓMICO

AVELINA

ZARZUELA EN UN ACTO

ORIGINAL DE

MARIANO HERRERO LAX

Y

CASTO DÍEZ RIOJA

MÚSICA DE

EMILIO Y LUIS ESPINOSA

Estrenada con extraordinario éxito en el teatro de la
Alhambra la noche del 18 de Enero de 1892.

MADRID

ARREGUI Y ARUEJ

Greda, 15, bajo.

—
1892

AVELINA



Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan los derechos de traducción

Los Comisionados de las Galerías *Biblioteca Lírico-dramática y Teatro-cómico*, de los Sres. Arregui y Aruej, son los encargados exclusivamente del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AVELINA

ZARZUELA EN UN ACTO

ORIGINAL DE

MARIANO HERRERO LAX

Y

CASTO DÍEZ RIOJA

MÚSICA DE

EMILIO Y LUIS ESPINOSA

**Estrenada con extraordinario éxito en el teatro de la
Alhambra la noche del 18 de Enero de 1892.**

MADRID—1892.

IMPRESA DE LOS HIJOS DE VÁZQUEZ

17, San Bernardo, 17.

A LA DISTINGUIDA

SOCIEDAD RECREATIVA MAIQUEZ

Y Á SU ENTUSIASTA

Cuadro Activo

En prueba de agradecimiento

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES.

ACTORES.

—	—
AVELINA.	SRTA. GARCÍA.
CURRA (mulata).	» ALADRO.
FEDERICO.	SR. VIDAL.
FRAY DOMINGO.	» RODRÍGUEZ.
QUICO (negro).	» MONTERO.

La acción pasa en América.

Las indicaciones del lado del actor.

ACTO ÚNICO

.....

La escena representa el jardín de una quinta americana. Verja con puerta al foro. A la izquierda, la portada de la casa con dos ó tres peldaños para entrar. A la derecha un banco. Algunos árboles en la escena, y en el tronco de uno de ellos un látigo colgado. Junto á la verja una carretilla de transporte.

ESCENA PRIMERA

FEDERICO (En traje de caza, sentado en el banco, con la escopeta al lado.)

No puedo, por más que quiero,
dejar de pensar en ella.
¡Era tan buena, tan bella,
¡de rostro tan hechicero!
que aunque lo piense con calma,
su recuerdo me entristece,
y algunas veces parece
que me arrebatan el alma.
Yo seguí el rumbo atrevido
que emprenden los pocos años,
para sufrir desengaños
y vivir arrepentido.
Mi pecho á una negra amó;
y la suerte no prolija,
me hizo padre de una hija
que su bondad me hechizó.
Mas que negra era un tesoro
y hasta si cabe, belleza;
pero veda la nobleza
de mi raza, tal desdoro,
y decidido á dejar
este país de amargura,
dejé á la niña en clausura
y á la madre puse hogar.

Al poco tiempo marché
 para olvidar la cabaña,
 y fuíme á vivir á España
 donde al cabo me casé.
 Mi mujer fué mi ilusión,
 y yo viviria feliz,
 sí no existiera el desliz
 que me arrancó el corazón.
 (Se levanta.) Mas dejemos tal porfía
 y olvidemos la verdad,
 buscando la soledad
 del bosque y la cacería. (Va á marcharse.)

ESCENA II.

FEDERICO Y AVELINA.

AVELINA. Federico, ¿es que te vas?
 FEDERICO. Sí, marchaba. ¿No lo ves?
 AVELINA. ¿Y á dónde?
 FEDERICO. ¿Dónde?
 AVELINA. Sí.
 FEDERICO. Pues.....
 no lo sé, Avelina..... Mas
 eso no es cosa á mi ver
 que pueda importarte mucho.
 AVELINA. Sí me importa, y ya te escucho.
 FEDERICO. ¿Pero no lo ves, mujer?
 Comprendo en tí una rareza
 preguntar lo que estás viendo.
 Voy de caza.
 AVELINA. Sí, comprendo.
 FEDERICO. A ver si mato una pieza
 ó dos ó cuarenta ó ciento,
 las que se pongan á tiro.
 AVELINA. Y aunque por tu amor deliro
 no estás conmigo un momento.
 FEDERICO. Es que aunque peque de vicio,
 la caza es cosa probada
 que hace una vida animada
 por su continuo ejercicio.
 AVELINA. De modo que tú á mi lado
 te cansas?
 FEDERICO. No tal.
 AVELINA. Corriente.

FEDERICO. Mas el bosque... francamente...
 AVELINA. Basta. Ya lo has explicado.
 FEDERICO. Corta será mi excursión.
 AVELINA. No te marches, Federico.
 FEDERICO. Vuelvo pronto.
 AVELINA. Te suplico...
 FEDERICO. Vamos, deja esa canción. (Vase foro izquierda)

ESCENA III.

AVELINA.

¡Y para esto me casé!
 ¡Para esto tengo marido!
 Si yo lo hubiera sabido
 no me caso. Mas pensé
 que el amor es general
 en el corazón humano,
 y yo le cedí mi mano
 y mi pasión, por mi mal.
 Se marcha y sola me deja,
 y le aburre mi compañía...
 ¡Oh, queridísima España
 qué amarga y triste es mi quejal
 ¿Por qué á una niña inocente
 dejaste partir tan lejos,
 donde el sol con sus reflejos
 quemó el brillo de su frente?

MÚSICA.

Todo es amor en mí,
 todo es en mí pasión,
 no ceso de sentir
 que late el corazón.
 Mi tierra abandoné
 en alas del amor
 y mi dicha troqué
 en pena y en dolor.

Querida España
 yo te dejé
 más en mí siempre
 te llevaré;

la que en tu suelo
feliz nació,
siempre te adora
cual lo hago yo.

De un hombre yo creí
las frases de su amor,
con él era feliz
y al fin me convenció;
yo le llegué á adorar
con vida y corazón
mas él no supo amar
y pronto me olvidó.

Querida España
yo te dejé
mas á tu suelo
quiero volver;
yo en tus delicias
quiero vivir,
que sin tu cielo
voy á morir.

HABLADO

Su ilusión más preferida
es la caza, según veo,
y que le canso y mareo
del todo estoy convencida.
La vida así es aburrida,
camino á la desventura
y á consumir la amargura
llamada estoy sin remedio,
si no consigo algún medio
de probarle mi ternura.
¡Y qué inventaré, Dios santo!
¿Cómo atraerle hacia mí?
Si él me idolatraba .. sí,
y me acariciaba tanto!
Hoy el cazar es su encanto...
Si yo con astucia y maña
pudiera llevarle á España,
á la hermosa Andalucía.....
¡Oh! Pero quiá..... Su manía
es vivir en la cabaña.

El bosque, su goze ansioso,
 su ilusión más placentera.
 ¡Ah, qué ideal! Si pudiera
 causarle un rato azaroso,
 si en el camino escabroso
 un lazo con precisión
 le tendiera, y su afición
 de cazar tanto perdiera...
 ¡Ah, qué dichosa yo fuera
 y qué grande mi pasión!
 Probemos... probemos, sí;
 el medio es un poco fuerte;
 mas antes que quede inerte
 y pierda mi vida aquí,
 agotaré el frenesí
 que le inspiró el alma mía;
 y si salgo en mi porfía
 triunfante, con la victoria,
 nuestra unión será de gloria
 nuevo raudal y alegría. (Váse puerta izquierda)

ESCENA IV.

QUICO (viene primer término derecha, trae una cubeta á la cabeza
 y la deja en el suelo junto á la verja.

¡Cómo pesa esta maldita!
 ¿Y el amo, dónde estará?
 Se habrá marchado quizá
 con la niña Avelinita.
 ¿Mas qué es lo que miro? ¡Hurra!
 El látigo se dejó (esconde el látigo);
 pues ahora te escondo yo
 y ya no me pega. (Va al foro y ve á Curra.)
 ¡Curra!
 Niña Curra, ven por *Dió*,
 que aquí tu negro te aguarda.
 Ya viene. Mire que tarda.
 No temas, no está el señó.

ESCENA V.

QUICO Y CURRA.

MÚSICA

- QUICO.** Ven, mi niña,
 ven ligera
 que tu negro
 quiere ver,
 esos ojos
 y ese cuerpo
 y ese talle
 ¡je, je, jé!
- CURRA.** Niño Quico
 yo te quiero,
 pero mucho,
 mucho sí;
 mas si el amo
 nos sorprende
 á mi negro
 va á reñir.
- QUICO.** Amo es bueno,
 tú lo sabes.
- CURRA.** Pero es blanco.
- QUICO.** ¿Qué más dá?
- CURRA.** Que el es blanco,
 tú eres negro,
 yo mulata.
- QUICO.** Bien está.
 Con el fuego
 de tus ojos
 yo me quemó
 el corazón.
- CURRA.** Pues por eso
 niña Curra
 te ha entregado
 ya su amor.
- QUICO.** Tengo ganas
 muchas ganas,
 con mulata
 de bailar.
- CURRA.** Es muy pronto
 niño Quico,

no podemos
empezar.
 QUIGO. ¡Yo lo quiero!
 CURRA. ¡No es posible!
 QUICO. Ven conmigo.
 CURRA. ¡Quita allá!
 QUICO. No me quieres
como antes.
 CURRA. Sí, te quiero.
 QUICO. No es verdad.
 CURRA. Pero temo
que amo blanco
nos sorprenda.
 QUICO. ¡Se marchó!
 CURRA. Pues entonces
bailaremos
un poquito
y se acabó.
 QUICO. Yo soy tuyo.
 CURRA. Yo soy tuya.
 QUICO. Rica.
 CURRA. Rico
 LOS DOS. ¡Qué ilusión!

(Ballan.)

QUICO. Cuando bailas
con tu niño,
yo no sé
lo que me dá;
pero siempre
me entran ganas
de reir
y retozar.
 CURRA. Cuando bailo
con mi niño,
me sucede
igual á mí,
que en el mundo
nadie siente
lo que yo
siento por tí.
 QUICO. ¿Es de veras,
Curra mía?
 CURRA. No te engaño.

- QUICO. ¡Qué placer!
 CURRA. Yo te juro
 que en mi pecho
 Siento fuego.
- QUICO. Yo, querer.
 Y me abrasa
 cuando miro
 esos ojos
 de ilusión.
- CURRA. Pues no mires
 niño mío,
 no te abrasa
 el corazón.
- QUICO. Ya lo tengo
 quemadito,
 te lo digo
 de verdad.
- CURRA. Con la dicha,
 tu mulata
 ese mal
 te quitará.
- QUICO. Rica mía.
- CURRA. ¿Qué me dices?
- QUICO. Una cosa.
- CURRA. Pide ya.
- QUICO. Un abrazo
 morenita.
- CURRA. ¡Mire el niño!
- QUICO. ¿Me lo dás?
- CURRA. No me gusta
 que me pidas
 esas cosas.
- QUICO. ¿Por qué no?
- CURRA. Ama blanca
 lo prohíbe
 y la quiero
 mucho yo.
- QUICO. Nadie mira.
- CURRA. ¿Tú no sabes..?
- QUICO. ¡Toma! (Abrazándola.)
- CURRA. ¡El amo! (Asustada.)
- LOS DOS. ¡Santo Dios!
 (Curra hecha á correr primera derecha.)

ESCENA VI.

QUICO Y FEDERICO.

(Federico, después de una pausa, en que demuestra su enfado con Quico, va en busca del látigo.)

- QUICO. (¡Amo quiere castigarme!)
- FEDERICO. (No sé dónde lo he dejado.)
¿Te parece razonable
aquí, en mi casa este escándalo?
- QUICO. Señor...
- FEDERICO. ¿Te atreves aún
á disculparte? ¡Mil rayos!
- QUICO. No se enfade su mercé.
- FEDERICO. ¿Que no me enfade? Mi látigo,
pronto á buscarle: con él
te enseñaré á que hagas caso.
- QUICO. (Enseguida se lo doy.)
No lo he visto.
- FEDERICO. ¡Mentecato!
¿Has olvidado que yo
te he dicho ya más de cuatro
y más de cuarenta veces,
que no consiento á mi lado
esas escenas que odio
y me sublevan el ánimo?
El día que como ahora
te sorprenda tal descaro,
te divido por el eje
ó te marchas de mi lado.
- QUICO. (Pobre negro) ¿No hay perdón?
- FEDERICO. ¡Voto al mismísimo diablo!
Tráeme mi morral de caza
enseguida.
- QUICO. (Entra en la casa.) Voy volando.
- FEDERICO. Me marché sin el morral.
Tengo la cabeza á pájaros.
- QUICO. (Sale con el morral.) Aquí le tiene el señor.
- FEDERICO. Venga, indino: y ten cuidado
no vuelvas á reincidir,
porque entonces no reparo:
á tí te rompo el bautismo
y á ese niña hago pedazos. (Váse foro izquierda.)

ESCENA VII.

QUICO.

¡Pobre negro! Ya no puede
 ver á su mulata. Claro,
 amo blanco lo prohíbe,
 y cosa que manda el amo
 ha de respetarse mucho,
 porque tiene el genio ágrío.
 Es decir, de poco tiempo
 á esta parte, lo ha cambiado.
 Antes era cariñoso,
 alegre y muy campechano;
 pero desde hace algún tiempo
 está siempre incomodado
 y me *quíé* pegar. En fin
 prosigamos el trabajo,
 que yo espero que ama blanca
 me ha de proteger. Andando.

(Coje la cubeta y váse foro derecha.)

ESCENA VIII.

FEDERICO Y AVELINA.

(Ésta, en traje de amazona, con velo espeso en la cara; trae un látigo
 de montar)

FEDERICO. ¡Esto es mucho cuento!
 ¡Maldita mi estrella,
 que no ha de dejarme
 tranquilo siquiera!
 ¿Quién será esa ninfa?
 ¿Qué busca por esta
 soledad del campo?
 No pude entenderla,
 ni quiero que nadie
 me hable ni me vea.
 ¡Ya está aquí! No importa.
 Veamos quién es ella.

AVELINA. (En el foro.) Perdón, caballero,
 si sigo la senda
 que usted me ha trazado.

- FEDERICO. Pero esa franqueza...
 AVELINA. Por eso le pido
 perdón...
- FEDERICO. ¿Qué desea?
 AVELINA. Yo soy amazona (Bajando al proscenio)
 tenaz y resuelta,
 jovial, vivaracha,
 terrible y severa
 en matar al hombre
 que no me contesta.
- FEDERICO. Yo he de contestarle.
 AVELINA. Entonces no tema,
 que yo nada le hago,
 pues no soy tan fiera,
 al que me responde;
 si es que su respuesta
 es sencilla, franca,
 humilde, correcta,
 acorde, precisa,
 amable y concreta.
- FEDERICO. (¡Ay que molinillo!)
 ¿Y usted, qué desea?
 AVELINA. A eso voy al punto.
 Vengo de otra tierra
 y soy amazona...
- FEDERICO. Ya lo ha dicho: etcétera.
 AVELINA. No se me interrumpe;
 tenga más paciencia
 ó así, de este modo,
 yo haré que la tenga. (Pegándole)
- FEDERICO. ¡Señora... ó demonio!
 Que esto va de veras
 y estoy en mi casa.
- AVELINA. ¿Es tu casa esta?
 ¡Cuánto lo celebrol
- FEDERICO. (¡Anda, y me tutea!)
- AVELINA. Pues pásame al punto,
 que repose en ella.
- FEDERICO. ¿Pero usted está loca?
- AVELINA. No, que estoy muy cuerda.
- FEDERICO. En esta morada
 ¡ay! del que se atreva
 á turbar la calma
 que por doquier reina.
- AVELINA. ¿Y vives tú solo?

- FEDERICO. (¡Esto me subleva!)
Vivo con el diablo.
- AVELINA. ¡Buena compañera
tienes por esposa!
Quiero conocerla
- FEDERICO. Eso es imposible.
- AVELINA. ¿No es posible? Espera.
Yo la haré salir
llamando á la puerta.
(Va á llamar y Federico la detiene.)
- FEDERICO. ¡Eh! Poquito á poco;
ahí sin mí, no se entra.
- AVELINA. Pues entra conmigo,
que deseo verla.
Quiero referirle
que eres un babeiaca
que huyes de una dama
tan linda, tan buena,
tan jovial y alegre,
tan franca como esta.
- FEDERICO. Pues ne le hace falta
saber esa arenga.
- AVELINA. ¿Luego tú la adoras
cuando la reservas?
- FEDERICO. Yo no adoro á nadie,
señora, se entera?
- AVELINA. Eres un ingrato.
- FEDERICO. Suprima esa jerga
- AVELINA. ¿Por qué te has casado?
- FEDERICO. Porque quise, prenda:
y basta ¡por Cristo!
que esto no es escuela.
Si usted no me dice
qué es lo que desea
me marchó y la dejé
ó llamo y la echan.
- AVELINA. Yo soy amazona...
- FEDERICO. ¿Otra vez empieza?
- AVELINA. Llegué de mañana
aquesta pradera
montada en un potro
de raza aravesca.
El sol despuntaba
bañando la tierra,
el bruto marchando
casi á la carrera

y yo que soy lista,
 jovial y traviesa,
 alegre y burlona,
 tenaz y resuelta,
 le daba á mi potro
 de aquesta manera (le pega)

FEDERICO.

AVELINA.

¡Señora... Señoral
 Subimos la cuesta:
 cruzamos el monte;
 saltamos la peña,
 de pronto aparece
 enorme culegra.
 El jaco, se espanta,
 yo suelto la rienda
 le llamo, le pego,
 me faltan las fuerzas,
 y pierdo el sentido
 al par que una piedra,
 le para de pronto,
 su veloz carrera.

¡Fatal desenlace!
 Se rompió una pierna,
 y allá fuimos juntos
 rodando por tierra.

FEDERICO.

AVELINA

¡Caramba, señora!
 lo siento de veras.
 Gracias, caballero:
 y pues le dí cuenta
 de mi desventura,
 preciso es que sepa
 vengo por un potro
 de su pertenencia,
 para yo marcharme
 volando á mi tierra.

FEDERICO.

AVELINA.

Lo siento en el alma;
 pero complacerla
 es un imposible.

¡Amable respuesta!
 ¿Esto se le dice
 á una dama seria
 que viene á su casa
 por la vez primera?
 Y no se le atiende.
 ¿Y se le contesta,
 con una evasiva

tan falsa como esa?
 ¿Es usted, acaso,
 hombre de conciencia?
 Me lo figuraba.
 No fué en mí sorpresa.
 Ni usted es caballero,
 ni atento siquiera,
 ni sabe portarse
 con delicadeza.

FEDERICO. Señora... ¡Por Cristo!
 basta ya de gresca,
 Si no se reporta,
 y para la lengua
 y cesa ahora mismo
 en tales maneras,
 de mí no respondo,
 y tenga usted en cuenta,
 que no le consiento
 tamañas ofensas,
 Ni yo tengo potros,
 ni mulas ni yeguas,
 ni tarde un momento
 en tomar la puerta.

AVELINA. ¿Así me respondes?
 ¿Así, tú, me echas?
 Pues bien, si, me marchó;
 pero ten en cuenta
 que en medio del bosque
 la tumba te espera.
 No salgas de casa.
 Haz que no te vea,
 porque no respondo,
 de mi saña fiera.

FEDERICO. ¿Se marcha usted pronto?

AVELINA. Me marchó. No temas;
 pero ya lo sabes,
 la muerte te acecha.

FEDERICO. ¡Adios... insensato!

FEDERICO. ¡Adios... rabanera!

(Vase Avelina con pasos de romántica, por el foro izq.)

ESCENA IX.

FEDERICO

Si no se marcha enseguida,

hago una barbaridad.
 ¡Vaya una tenacidad
 la de esa bruja atrevida.
 No me faltaba más que esto;
 y si mi mujer se entera,
 me arma la gran pelotera
 por tan frívolo pretext'o.
 Reniego de la enlutada
 y de mi suerte maldita. (pausa)
 ¿Quién será esa señorita
 así, con cara tapada?
 Ese acento y ese porte
 revelan cierta hidalguía,
 que la verdad, parecía
 de aristocrática corte.
 Obré de ligero, sí.
 Debí de alguna manera
 hacer que se descubriera
 antes de marchar de aquí.
 Pero no tuve paciencia
 y me declaró la guerra.
 ¡Si se creerá que me aterra
 tan maniática ocurrencia!
 Voy en su busca ahora mismo,
 quiero saber quién es ella
 y he de seguirle la huella
 hasta el borde del abismo.
 (Coge la escopeta y vase foro izq.)

ESCENA X.

FRAY DOMINGO Y QUICO

(vienen foro derecha.)

FRAY D. Bien, lo que yo te pregunto
 es si está en casa tu amo.
 QUICO Perdóneme su mercé;
 pero yo le ví hace rato
 marchar y no sé si ha vuelto.
 FRAY Está bien; en ese caso
 ten la bondad de informarte,
 que yo esperaré entretanto.
 QUICO Pues allá voy, ligerito
 á cumplir vuestro mandato.
 (Entra en la casa)

ESCENA XI.

FRAY DOMINGO

A ver si Dios me ilumina
poniendo en mí sabio tacto,
para cumplir la misión
delicada que aquí traigo.
Le diré á Don Federico
el triste fin de Rosario
y que disponga de su hija:
aquel angel puro y casto
que vive como la flor
cuyos delicados tallos,
pierden de vida la esencia
al hallarse aprisionados.

ESCENA XII.

FRAY DOMINGO, AVELINA

FRAY. Que Dios os guarde, señora.
 AVELINA. Padre...
 FRAY. Vos perdonaréis
 si es que os visito á deshora.
 AVELINA. Llegáis padre, á buena hora.
 FRAY. ¿Queréis decir, si sabéis,
 dónde está vuestro marido?
 AVELINA. Hace un momento se fué
 á cazar, más no he sabido
 hacia que lado habrá ido;
 pero saberlo podré.
 FRAY. Pues mucho os lo agradeciera,
 porque asunto interesante
 me trajo aquí, y bien quisiera
 si es que molestia no os diera
 poderle hablar un instante.
 AVELINA. Permitidme preguntar,
 si no os molesto...
 FRAY. No á fe.
 AVELINA. ¿Decís que tenéis que hablar
 á mi esposo?
 FRAY. Consultar
 cierto asunto.
 AVELINA. ¿Y no podré
 saber qué es ello?

FRAY.

Deseara
guardar el secreto aquí.
Me suplicó que callara,
y yo...

AVELINA.

Se me hace muy rara
esa conducta.

FRAY.

¿Sí?

AVELINA.

Si.

Escuchad, padre un momento
cual sagrado confesor,
un pesar que en mi alma siento
y perdonad.

FRAY.

Soy atento
y hablar podéis sin temor.

AVELINA.

Hace tiempo que mi esposo
yo no sé por qué razón,
ni está conmigo anheloso,
ni se muestra tan dichoso
ni me tiene igual pasión.
Yo, como siempre, le adoro
y le amo más cada día,
y aunque su campaña imploro,
ni hace caso de mi lloro,
ni me vuelve mi alegría.
Se marcha y sola me deja,
solo el bosque le entretiene,
y aunque yo le de una queja,
del mismo modo se aleja
sin saber qué es lo que tiene.
Hace un momento he querido
prepararle una jugada
hasta verle arrepentido
de la caza, y no he podido
conseguir tampoco nada.
Así, padre, yo quisiera
vuestra santa inspiración;
que me digáis lo que hiciera,
para que al menos tuviera
de su mujer, compasión.
FRAY. En verdad que es bien amargo
vuestro dolor, y por Dios
que quebrantando su encargo
os sacaría del letargo
en que os halláis vos,
pero...

- AVELINA. Padre ¡por piedad!
 Vuestra nobleza es notoria,
 descubridme la verdad
 y quitadme la ansiedad
 que me mata.
- FRAY. Es una historia
 que nada tiene de agrado
 para vos... mas no es secreto,
 toda vez que no he jurado
 permanecer reservado
 y os la contaré.
- AVELINA. Prometo
 quedará siempre guardada
 en mi pecho.
- FRAY. Me es igual;
 pues el veros mitigada,
 es mi dicha más preciada
 y mi más santo ideal.
- AVELINA. ¡Oh, gracias!
- FRAY. Vuestra atención
 prestadme solo un momento;
 tened, pues, resignación,
 y no vengza á la razón
 vuestro largo sufrimiento.
 En el claustro de Santa Ana,
 del cual yo soy director,
 estaba cierta mañana,
 cuando me anunció una hermana
 la visita de un señor.
 Le hice pasar al momento,
 ofrecile algún reposo
 en mi modesto aposento,
 y participóme atento
 quién era.
- AVELINA. ¿Quién?
- FRAY. Vuestro esposo.
- AVELINA. ¿En el claustro mi marido?
- FRAY. Un momento, por piedad,
 todavía no he concluído.
- AVELINA. Tenéis razón. No he podido
 reprimirme. Continúad,
- FRAY. Allí los dos, me explicó
 motivo de tal visita;
 y triste me confesó
 un lance que le ocurrió

con una pobre negrita.
 Su relato, demostraba
 la más bizarra hidalguía,
 ¡Culpable, se confesaba!
 Y en su faz, se retrataba
 horrible melancolía.
 De tan osada aventura,
 nació una niña inocente
 y en busca de la clausura
 de aquella pobre criatura,
 vino á verme el delincuente.
 Yo comprendí el sufrimiento
 y aquella justa demanda,
 y le dí el consentimiento
 para entrar en el convento
 su hija, en clase de educanda.
 ¡Su hija!

AVELINA.

FRAY.

Su hija le decía
 cuando ingresó.

AVELINA.

¡Me engañaba!

¡Y yo, que ciega creía
 que solo á mí me quería,
 que solo á mí me adoraba!
 Ahora comprendo, porque
 me desprecia y me aborrece.

FRAY.

Tened esperanza y fé,
 que pronto os demostraré
 que no es lo que á vos parece.
 ¿Cuánto tiempo há que os unió
 la santa Iglesia?

AVELINA.

Seis años.

FRAY.

¿Tenéis duda en ello?

AVELINA.

No.

FRAY.

Pues ved, señora, cual yo
 disipo esos desengaños.
 Esa criatura inocente
 que está en el claustro ahora mismo,
 cumplió ayer, precisamente,
 diez años.

AVELINA.

¿Prueba?

FRAY.

Evidente.

AVELINA.

Su partida de bautismo.

FRAY.

¡La calma me devolvéis!
 Desechad tal desconsuelo
 y buena ocasión tenéis

para trocar, si queréis
su indiferencia en anhelo.
Decidme como.

AVELINA.

FRAY.

Escuchad.
¿Queréis que la dicha niña
vuestro cariño? Inventad
la forma y con brevedad
traeros con vos á la niña.
Federico, á tal acción,
accederá agradecido;
y vos con resignación,
daréis paso á la razón
y paz á vuestro marido.

AVELINA.

¡Oh! ¿Pero y la pobre madre
de la niña? Yo no acierto
á obrar que mejor le cuadre.

FRAY.

Aunque la nueva taladre
de dolor su pecho... ¡Ha muerto!

AVELINA.

FRAY.

¡Ha muerto!
Sí, á eso venía.

A decirle á vuestro esposo
tal desgracia .. mas sería
mejor, y más convendría
no exasperar su reposo,
ni contarle lo pasado
hasta que esté aquí su hija;
y vos con calma, á su lado,
conseguir el fin buscado
y hacerle así que transija.

AVELINA.

Tenéis razón, padre mío;
pronta á convencerle estoy
y en dulce y santo albedrío,
yo quitaré el desvario
que demuestra tener hoy.

FRAY.

Entonces, quedad con Dios,
y que él os colme de anhelo.

AVELINA.

Adios, padre mío, y á vos,
os desearemos los dos,
la gloria santa del cielo.

(Vase Fray Domingo foro derecha.)

ESCENA XIII.

AVELINA

Parece que mi ventura
de nuevo empieza á nacer

y si logro convencer
 á mi esposo, con ternura
 haré por ver si consigo
 que á mi súplica transija
 y verá feliz á su hija
 viviendo siempre conmigo.

¡Pobre criatura inocente!

Yo la educaré á mi lado
 y con esto habré ganado
 su cariño, prontamente.

(Se oye el disparo de una escopeta.)

¡Un disparo! (Va al foro y mira.) ¡Mi marido!
 Y toma esta dirección...

Si tuviese otra invención...

¡Oh que idea he discurrido!

Más como decirle... ¡Ah, si!

Otra nueva y prodigiosa
 se me ocurre; pues ansiosa,
 á la práctica y aquí.

(Vase puerta izquierda.)

ESCENA XIV.

FEDERICO.

Cazar por mujer, serpiente,
 es punto menos, que igual,
 y era un hermoso animal
 que he matado felizmente.

Al tomar la carretera,
 la ví saltar y pararse,
 allí, ya empezó á enroscarse
 y se colocó en espera:

más yó que solo pensaba
 en la loca. no hice caso,
 y seguí paso tras paso
 el camino que llevaba.

Subíme por un rivazo
 en pos de mi pensamiento,
 cuando de pronto, me siento
 un tremendo latigazo.

Vuelvo la faz asustado,
 creyendo que la enlutada,
 su profecía consumada
 dejaba en tal atentado;
 pero al ver tamaña pieza,
 doy un brinco, me retiro,

y la descerrajo un tiro
que la partió la cabeza.
Entonces me decidí
en no seguir adelante.
¡Pues señor, es bien chocante
lo que hoy me sucede amí.

MÚSICA

Feliz quien en vivir,
jamás tuvo pesar;
¡qué grato es disfrutar
sinó se ha de sufrir!
la vida es un dolor
si es vida con azar
¡qué triste es el gozar
si no se inspira amor!
Yo siento un no se qué
que mata mi pasión
marchóse la ilusión
y dicha que soñé;
más arto de sentir,
mi corazón está
y sólo cifra yá
su dicha en el morir.

Aquí en América
tuve mi cuna;
aquí mi madre
me acarició:
En tierra cálida
mi edad más tierna
jugueteando
feliz pasó.
Pasaron años,
lancéme al mundo,
y el ancho piélagó
yo atravesé.
Con rumbo á España
cruce los mares
y á Andalucía
feliz llegué.

Más arto de sentir,
mi corazón está,
y sólo cifra yá
su dicha en el morir.

ESCENA XV.

FEDERICO Y QUICO.

- QUICO. ¡Señó señó! (viene corriendo foro izq.)
 FEDERICO. ¿Qué te pasa?
 QUICO. Que dentro del *plataná*
 hay una negra *sentá*
 comiendo fruta de casa.
 FEDERICO. ¿Una negra?
 QUICO. Yo la vi.
 FEDERICO. ¿Y á donde vá?
 QUICO. Que se yó.
 FEDERICO. Dila que venga.
 QUICO. *Señó*
 dice que no *quíé vení*
 FEDERICO. ¿Tu le has dicho?...
 QUICO. *Es naturá:*
 al verle comer la fruta
 tuvimos una disputa;
 pero no conseguí *ná*.
 Dice que vá de camino;
 y que á esta casa no viene
 por si el amo la entretiene.
 FEDERICO. (Hoy voy á perder el tino.)
 A la fuerza ó como sea
 hazle venir, al momento.
 QUICO. Pero *señó...*
 FEDERICO. Como el viento,
 traela aquí que yo la vea.
 QUICO. Deje el amo que discurra...
 FEDERICO. ¿Es joven la negra?
 QUICO. Sí.
 FEDERICO. Pues si me la traes aquí,
 te casarás con tu Curra.
 Yo premiaré tu talento,
 con lo que quieras pedir.
 QUICO. No tiene más que decir
 que voy por ella al momento.
 (Vase foro izquierda.)

ESCENA XVI.

FEDERICO.

¡Una negra! ¿Quién será?
 No se porque tengo miedo:

más sin verla no me quedo
 aunque me cueste ir allá
 El recuerdo de Rosario
 me atormenta y entristece,
 y sin embargo, parece
 que el sufrir, me es necesario.
 Pero esto es una manía
 con que lucho sin cesar,
 y á la vez que un gran pesar
 siento una estraña alegría.
 ¡Oh! Los dos vienen allí.
 Ya ésta visita me alegra;
 veamos quien es esta negra,
 y qué le trae por aquí.

ESCENA XVII.

FEDERICO, AVELINA, QUICO.

Avelina viene vestida de negra.

FEDERICO.

Al fin ha conseguido
 Quico, que venga;
 yo premiaré su astucia
 con lo que quiera.

QUICO.

Pasa y no temas. (Saliendo.)

AVELINA.

Allá voy morenito (idem.)

QUICO.

Amo te espera.

(Este coje la carretilla que hay junto á la verja y vase foro derecha.)

FEDERICO.

Pasa y dime al momento
 porque sentada,
 te comiste una fruta
 que está vedada.

AVELINA.

Porque tenía
 apetito muy grande
 más no sabía...
 Pero si este negrito
 aquí me trajo
 para que yo le pague
 si hice algún daño,
 yo nada tengo
 y á pedirle perdones
 tan solo vengo.

FEDERICO.

Nada temas, negrita,
 que yó quería,
 escuchar de tus lábios

lo que allí hacías.

¿De dónde vienes?

¿Hacia donde caminas,
y tu quien eres?

AVELINA.

Yo vengo de muy lejos;
camino sola,
y voy buscando albergue
cabaña ó choza,
donde tranquila,
trabajando sin trégua
pase la vida.

Mi mamita fué blanca,
mi padre blanco.

FEDERICO.

¿Y cómo tú tan negra?

¡Caso más raro!

AVELINA.

Según se cuenta,
mi madre tuvo antojos
por una negra.

Yo nací en Guatemala;
pero más tarde,

Cuando ya era crecida
fuíme á la calle

y así cantando,
recorro estos lugares
pidiendo amparo.

FEDERICO.

¿Y tú como te llamas?

AVELINA.

Me llaman Pancha
y me llaman Milagros,

Virtudes, Cándida

y en Nicaragua

un blanco me llamaba
linda jitana.

FEDERICO.

¿Y qué es lo que tú cantas?

AVELINA.

Yo canto y bailo;
sé cantar malagueñas,

cubanas, tangos,

sé muchas cosas.

FEDERICO.

Pues sentado te escucho;
venga una copla.

MÚSICA.

AVELINA.

No hay más cachito de tierra
para aprender á cantar,
que ese que llaman España
donde se cria la sal.

FEDERICO. Me tienes muertecito
con tus cantares,
que cantas como cantan
todos los ángeles.
¡Viva tu gracia!
como dicen los chulos
allá en España.

AVELINA. Los pájaros y las flores
forman toda mi ilusión,
los pájaros por sus trinos
y las flores por su olor

FEDERICO. Esto no es una negra
es un portento,
que me tiene chiflado
de cuerpo entero.
¡Olé, mi niña!
que una negra como esta
vale una mina.

LOS DOS.

AVELINA. Blanquito mio
siempre serás el dueño
de mi albedrío.

FEDERICO. Negrita mía
tu me vuelves la calma
y la alegría.

ESCENA XVIII.

DICHOS Y QUICO.

HABLADO

QUICO. Si su mercé lo consiente
puesto que así lo ha ofrecido,
yo quisiera ..

FEDERICO. Concedido.

QUICO. ¿Voy por mi Curra?

FEDERICO. Corriente.

Puedes casarte enseguida
que yo seré tu padrino.

QUICO. ¡Ay que gusto!

FEDERICO. Mucho tino.

QUICO. ¡Gracias, señor de mi vida!
(Vase primer término derecha.)

ESCENA XIX.

AVELINA Y FEDERICO.

- FEDERICO. Vamos á ver, cuéntame
dónde aprendiste á cantar.
- AVELINA. Pues se lo voy á contar
por dar gusto á su mercé;
pero enseguida me voy
que el tiempo volando pasa
y está muy lejos mi casa.
- FEDERICO. No te marchas, por quien soy.
- AVELINA. ¡Mire el niño!
- FEDERICO. Soy tu amigo,
- AVELINA. Yo también quiero al señor,
y si usted me hace un favor...
- FEDERICO. ¿Te quedas aquí conmigo?
- AVELINA. Si, me quedo, conviniendo...
Yo no sé vivir así
y quiero cuidar aquí
de su hija.
- FEDERICO. ¿Qué estás diciendo?
- AVELINA. De aquella que en el convento
su mercé tiene encerrada.
- FEDERICO. ¡Pero tú estás enterada!
- AVELINA. Pues por eso se lo cuento.
- FEDERICO. ¿Y quién te enteró?
- AVELINA. No sé.
- FEDERICO. Pero eso es un imposible;
mi mujer es insufrible
y si sabe...
- AVELINA. Su *mujé*.
Yo me atrevo á convencerla
si usted me dá su permiso.
- FEDERICO. (¡Es horrible compromiso!)
- AVELINA. ¿En dónde está? Quiero verla.
- FEDERICO. Espera...
- AVELINA. Sea complaciente
- FEDERICO. Lo seré: Mas dime ahora
quién te enteró? Sin demora,
que ya te escucho impaciente.
- AVELINA. Sin saber cómo ni cuándo
y siendo yo una chiquilla
en la ciudad de Sevilla
pasé mi niñez cantando.

- FEDERICO. ¡En Sevilla!
- AVELINA. ¿Qué le pasa?
- FEDERICO. Nada.
- AVELINA. Pues lo cierto fué,
que iba siempre su mercé
de visita á cierta casa...
- FEDERICO. ¡Pero esa historia á mi ver!...
no hace al caso, francamente.
(Quitándose la careta.)
- AVELINA. ¿Conoce usted... justamente
la cara de su mujer?
- FEDERICO. ¡Jesucristo! Pero... yo...
- AVELINA. ¿Estoy despierto ó soñando?
- AVELINA. ¿Quiéres que siga cantando
malagueñas ó el *caló*?
- FEDERICO. ¡Já, já, já! ¡Lance chistosol!
- AVELINA. ¿Pero eres tú?...
Sí, yo soy.
- FEDERICO. ¡Qué divinamente estoy
haciendo el papel del oso.
- AVELINA. Ahora si tu no me quieres,
me iré con cierta amazona...
- FEDERICO. ¿Por ventura, esa persona?...
- AVELINA. Era yo.
- FEDERICO. ¡Qué buena eres!
- AVELINA. Y enterada tu mujer
de tus secretos, te digo
que traigas pronto conmigo
á tu hija.
- FEDERICO. ¡Oh! ¡qué placer!
Sabes que con tu osadía
has logrado arrebatarse
al que te llegó á adorar
con loca fe, vida mía,
y ya mi mayor anhelo
será aumentar tu pasión,
que tuyo es mi corazón
cual las estrellas del cielo.
Ven que te estreche en mis brazos.
¿Me perdonas?
- AVELINA. ¡Qué he de hacer!
Ya te llegué á comprender
y haré más fuerte estos lazos.

ESCENA ÚLTIMA

AVELINA, FEDERICO, QUICO, CURRA.

QUICO. ¡Aquí estoy yo con mi Curra!

AVELINA. Complacerlos es preciso.

FEDERICO. Pues ya tienes el permiso
para que te cases.

QUICO. ¡Hurra!
¡Viva el amo! Curra mía.
¿Me das un abrazo?

CURRA. No,
que está delante el señó;
si nó si te lo daría.

FEDERICO. Pues á emprender el camino
ya que el enlace te inclina;
tu ama será la madrina,
yo seré vuestro padrino;
pero antes de aquí partir...
es necesario...

AVELINA. Comprendo;
en ello estaba, y corriendo
voy otra gracia á pedir.

(Al público.)

Por mi marido olvidada,
tristemente yo vivía;
más tanto amor le tenía
que le inventé esta jugada;
fué mi dicha realizada
al adorarme ferviente,
y si tú eres complaciente,
público amable, y nos das
una palmada, serás
bueno, cortés é indulgente

TELON

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Vázquez*, calle de San Bernardo, 17; *Hijos de Cuesta*, calle de Carretás, 9; de *Don Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *Don Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *Don M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*; calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.^a*, calle de las Infantas, 18, y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Angel, 12.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR

En casa de los corresponsales de la Administración.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta Casa Editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.